

diria, al ver la rapidez de su marcha, que huye del enemigo en lugar de perseguirlo. Basta! César! basta!

Y, desalentados, los desdichados se sentaban en la orilla del camino, contestando con movimientos de cabeza á las exhortaciones de sus gefes.

¿No os parece, lectores, oír las quejas de aquellos veteranos que Napoleón impelia sin cesar del Nilo al Danubio y del Manzanares al Volga?

Pero cuando los soldados de César llegaron á Brindis y vieron que aquel había partido sin ellos, se volvieron hácia sus gefes y llorando de cólera:

—Vuestra es la culpa, les dijeron, si no le hemos acompañado. Era preciso apresurar nuestra marcha en vez de dejarnos descansar como cobardes y perezosos. Ah! Somos unos miserables, pues hemos abandonado á nuestro general!

Y como les dijese que los cincuenta buques que llevaban á Grecia á César y sus compañeros debían volver allí á buscarlos, fueron á sentarse sobre el acantilado de la costa, á fin de ver desde mas lejos blanquear las velas en el horizonte.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

# LOS GRANDES HOMBRES

EN BATA

POR

ALEJANDRO DUMAS

—  
CESAR

TOMO III

Edición del Monitor.



MEXICO

Imprenta de V. G. Torres, á cargo de M. Escudero

CALLE DE SAN JUAN DE LETRAN NUM. 3

1870



LOS  
GRANDES HOMBRRES

ALFONSO DUMAS

CÉSAR

TOMO III

MEXICO

IMPRESA DE P. G. FORTY & C. CALLE DE LA FORTUNA N.º 12

CALLE DE SAN JUAN DE LOS RIOS N.º 12

1870

Lo que había inspirado aquella confianza á César era, en primer lugar su genio y despues un presagio. —César, que había jurado no oírlos cuando anunciaron su muerte, creía sin embargo en ellos; como todos los grandes hombres, era supersticioso; en ciertas personas la supersticion no es debilidad, sino orgullo.

En el momento de abandonar á Roma hizo un sacrificio á la Fortuna. El toro que debía ser inmolado, se escapó de las manos de sus guardianes y huyó fuera de la ciudad antes de haber recibido ningun golpe; despues, encontrando un estanque, lo atravesó á nado.

—¿Qué quiere decir eso? preguntó César á los adivinos?



—Eso quiere decir, le contestaron aquellos, que eres hombre perdido si permaneces en Roma y no atraviesas en seguida el mar, vasto estanque que te separa de Pompeyo, mientras que al otro lado, por el contrario, te esperan la victoria y la fortuna.

César partió, encargando á Antonio que le llevase el resto del ejército.

Desde el día siguiente de su partida, que fué el acontecimiento de que se ocupó toda la ciudad, los muchachos de Roma se dividieron en dos bandos, uno de cesarianos y otro de pompeyanos, que empezaron, á pedradas, una pequeña guerra.

El resultado de ella fué una gran batalla, en la cual se observó que los pompeyanos llevaron la peor parte.

Mientras tanto, César estaba en Apolonia, cuya guarnición pompeyana ni siquiera habia intentado defenderse.

Hay varias Apolonias, ó mas bien, las habia entonces. La primera en Macedonia, al Sud-oeste de Tesalónica, que es hoy Polina; la segunda en Tracia, á la entrada del golfo formado por el Ponto-Euxino, conocido actualmente por Sizeboli; la tercera en la Cirenaica, situada á la orilla del mar, al Norte de Cirene, á la cual servia de puerto, y es la actual Marza Sousa; la cuarta en la isla de Creta, patria del filósofo Diógenes, á la cual se llamaba tambien Eleu-

tera; la quinta en Palestina, cerca de Cesarea, y que hoy se llama Arzouf; en fin, la sesta en Iliria, cerca de la desembocadura del rio Aout, y cuyo nombre actual es Vuisa.

En esta última es donde estaba César.

Allí esperaba el resto de su ejército, que no acababa de llegar.

A los hombres como César no les gusta esperar.

Primero despachó mensajeros á Brindis, con órden de decir á los soldados que se embarcasen en seguida, sin reparar en que pudiesen servir ó no despues las embarcaciones.

—No necesito buques, decia, sino soldados.

Al cabo de algun tiempo, viendo que aquellos no llegaban, resolvió ir á buscarlos él mismo.

Entonces intentó una de aquellas locas empresas que tan frecuentemente le habian salido bien en las Galias.

Envió tres de sus esclavos á las orillas del Aout, que solo distaba dos millas, con encargo de decir al primer marinero que encontrasen, que César queria mandar un mensajero á Italia, y que, por lo tanto, guardasen un puesto para él en el primer buque que saliese para Brindis; si no habia ninguno listo para hacer aquel viaje, los esclavos fletarian cualquiera, autorizando al patron á tomar cuantos pasajeros quisiese ademas del enviado de César, pues cuantos mas



de aquellos hubiere, mas fácilmente podria guardar el incógnito el enviado.

Al cabo de una hora volvieron los esclavos diciendo que todo estaria pronto para aquella misma noche.

César convidó á comer á sus amigos, como habia hecho en Ravena en el momento de partir para Roma; despues, lo mismo que en Ravena, los dejó á la mitad del festin, diciendo que no se cuidasen de él, pues volveria en breve.

Pero, pasando á su tienda, se puso el trage de un esclavo, se dirigió solo á la orilla del rio, y reconociendo el buque por las señas que le habian dado, dijo al patron:

—Aquí estoy; yo soy el enviado de César.

El patron lo recibió á bordo, donde habia ya siete ú ocho pasajeros.

César apresuró cuanto pudo la salida, pues le importaba aprovechar la noche para pasar desapercibido por medio de la escuadra pompeyana.

Gracias á los remos y á la corriente, todo fué bien mientras solo se trató de bajar el rio, pero á medida que se acercaban á la desembocadura, las olas, mas y mas encrespadas, engolfándose por entre las dos orillas, formaban una especie de marea que impedia al barco avanzar, ó, cuando mas, solo dejaba que lo hiciese con gran trabajo.

Al fin llegó un momento en que todos los esfuerzos fueron inútiles.

Un golpe de mar rompió el timon, y el patron, asustado, dió orden á los remeros de volver á subir el rio.

Entonces, César, levantándose y entreabriendo su manto, pronunció la famosa frase histórica:

—Nada temas, pues llevas contigo á César y su fortuna.

Aquella revelacion devolvió el valor al patron y á los remeros; reunieron todos sus esfuerzos y lograron franquear la especie de barra que habia á la salida del rio.

Pero una vez en el mar fué imposible gobernar el buque, y el viento y las olas lo lanzaron sobre la playa.

Entretanto llegó el dia y corrian peligro de ser apresados por los enemigos.

—Oh Fortuna! Fortuna! murmuró César, ¿me abandonarás acaso?

Despues dió orden de volver á entrar con el barco en el rio, y con ayuda del viento, que soplaba de afuera, y los remos, que dominaban la corriente, en menos de media hora traspuso las pocas millas que lo separaban de su campamento.

Su vuelta fué una fiesta. Sabian que habia parti-



do, y lo consideraban perdido. Unos elogiaron su valor y otros criticaron su temeridad.

Los soldados corrieron en tropel á su encuentro y nombraron á uno para que le dirigiese la palabra en nombre de los demas.

—César, le dijo aquel, ¿qué te han hecho los que nombras tus amigos que desesperas de vencer con ellos, y vas, lleno de injuriosa inquietud, á buscar á los que están ausentes? Es verdad que somos menos numerosos que el enemigo; pero, ¿nos contabas por ventura cuando era preciso combatir á los galos? Tu ejército te pide que le vuelvas tu confianza, que cree no ha merecido perder.

Lo que impedía á Antonio salir de Bríndis con el resto del ejército de César, era la vigilancia de Bíbulo.

Pero aquel murió, y el gobierno del mar fué dado á Libon.

Sabiendo Antonio aquella muerte, resolvió aprovechar el trastorno que debía producir en la escuadra, y mientras Gabinio lo sitiaba por tierra, fué á chocar resueltamente contra los buques que cerraban el puerto de Bríndis. Los barcos en que él iba conducian veinte mil infantes y ochocientos caballos.

La línea que cerraba el puerto se rompió con el choque; Antonio y sus barcos pasaron; pero la escuadra entera de Libon se puso en seguida á perse-

guirlos. Afortunadamente el viento del Sur empujaba al enemigo al fondo del golfo; es verdad que el mismo viento impelia á los buques de Antonio hácia unas rocas contra las cuales no podian menos de estrellarse: estaban ya tan cerca de ellas, que el teniente de César y sus hombres se consideraban perdidos, cuando de repente saltó el viento, pasando del medio dia al nordeste. Antonio orientó rápidamente sus buques, y orillando la costa la vió toda cubierta con los fragmentos de la escuadra de Pompeyo.

Aprovechó aquella oportunidad, hizo crecido número de prisioneros, se apoderó del puerto de Lissus, próximo al de Dirraquium, y llegó al campamento de César con el doble prestigio de llevarle un gran refuerzo y magníficas noticias.

Durante aquel tiempo solo un milagro habia salvado á César.

Pompeyo habia resuelto anonadarlo cayendo sobre él con todas sus fuerzas y con aquella intencion marchaba hácia Apolonia; pero habiendo encontrado en su camino el rio Apsus, hizo entrar en él dos hombres para sondear el vado.

Uno de los soldados de César, viendo á aquellos dos hombres en el agua, se metió en ella á su vez, los atacó y mató á ambos.

Pompeyo entonces resolvió echar un puente.

César no le puso obstáculo alguno y le dejó ter-



minarlo, contando con atacar en un momento dado á los que hubieren cruzado á la orilla opuesta.

Pero no tuvo necesidad de tomarse aquel trabajo; apenas hubieron pasado al otro lado trescientos hombres, el puente se hundió; todos los que se hallaban sobre él cayeron al agua y se ahogaron; los que habian llegado á la otra orilla fueron muertos por los soldados de César desde el primero hasta el último:

Pompeyo miró aquel doble acontecimiento como un mal presagio y se retiró.

Llegados Antonio y sus veinte mil hombres, César se decidió á tomar la ofensiva.

Pompeyo se habia retirado á Asparague, cerca de Dirraquium.

César siguió á Pompeyo, tomó al paso la ciudad de los partenianos, donde su contrario tenia guarnicion, y el tercer dia, hallándose en frente de su rival, le presentó batalla.....

Hénos aquí llegados á la última lucha, á la lucha suprema. Permítasenos, pues, detenernos un momento ante los acontecimientos sobre los cuales tuvo el mundo entero fijadas sus miradas, jadeante de angustia.

La cuestion, reducida á sus terminos mas sencillos, era la siguiente: